

Buenos Aires, Julio 10 de 1950

Muy querida Gabriela:

Te extrañaré, y con razón, mi silencio largo. He pasado días terribles de angustia y dolor: luego de tres cinco semanas de enfermedad y seis días de agonía murió la hermana que me seguía en edad, la que yo más quería y mi eterna compañera de infancia. Desde hace dos años los médicos saben su caso como perdido. Esto solo su marido médico, lo sabía. Ella lo sospechaba: sufría de insupportables dolores de cabeza y se sentía mal. Su ~~presión arterial~~ presión arterial era alta y de las llamadas malignas; le atacó el riñón y una gripe la volteó del todo. Sabía que se moría y con una entereza admirable se despidió de todos, con amor e inteligencia, sin lágrimas y sin ruido. Dejó tres hijos - una de 25 años, un muchacho de 23 y otra de 21 - que de ahora adelante serán hijos míos, más aún, si posible, de lo que antes lo eran. Que ellos existan, que ellos me necesiten y quieran, me ha salvado de volverme loca de desesperación: Pipina - así la llamo yo apenas nació si no poder decir su nombre de Josequina - sobreviva, para mí, en ellos y al cuidarlos y mimarlos "veo" su cara linda y siempre sonriente. En mi dolor he pensado mucho en ti que tuviste uno tan grande. Pensaba: si pudiera estar sola con Gabriela y hablar con ella me haría un gran bien. Sin embargo, sólo hoy, pasado casi un mes, encontré fuerza para escribirte.

Recibí tu carta y el discurso - magnífico - que entregaré a SUR antes ni hacer eso he podido. También, sólo ahora, hallo fuerzas para mandarte un libro que su autor me dejó para ti. Yo te he hablado en carta anterior de Elvio Romero, el joven poeta paraguayo, viril, tierno y talentoso. En el último número de CUADERNOS AMERICANOS está el poema que Rafael Alberti puso, como prólogo, en su libro anterior. El te admira y quiere con ese fervor magnífico de los veinteañeros, y si tu lo conocieras le tomarías cariño. Sus versos tienen algo de torrente al que habría que encauzar. Acuézalo, Gabriela. Aléntalo por indito guaraní, por bueno y por poeta.

En este instante recibo un cable de Vinicius quien, por una argentina viajera, ha sabido de la muerte de mi hermana. Victoria me ha acompañado muchísimo: ella, tan comódica, pasó la noche entera del velorio a mi lado, sentada en una silla incómoda desde las 10 de la noche hasta las siete y media de la mañana. Después me vino a los sobrinos con generosidad desbordante.

Inevitablemente mi vida cambiará de ritmo, por lo menos hasta que los chicos se casen y no me necesiten. A ellos les daré ese tiempo que, casada Pipina, feliz y en esa pequeña unidad que era su vida de familia - no creí necesario darle a ella. Mucho me reprocho ahora no haberla visto más, es decir no haber estado constantemente con ella como cuando éramos chicas. No me necesitaba y yo creía que bastaba con que ella supiera cuanto la quería. Me falta ahora como si me hubieran mutilado de una antena que me ponía en contacto con el infancia y juventud; ya no tengo con quien compartir tantos recuerdos ni a quien acudir para comentar los pequeños incidentes diarios, familiares. Su ausencia me duele en todas las arterias.

Querida Gabriela, perdóname si hoy no puedo escribir más largo y si te hablo únicamente de mi dolor. Pronto te mandaré otra carta.

Recibe todo el cariño, grande y hondo de tu

maria Rosa

[Carta] 1950 jul. 10, Buenos Aires, [Argentina] [a] Gabriela
[Mistral] [manuscrito] María Rosa [Oliver].

AUTORÍA

Autor secundario:Mistral, Gabriela, 1889-1957

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] 1950 jul. 10, Buenos Aires, [Argentina] [a] Gabriela [Mistral] [manuscrito] María Rosa [Oliver]. 1 h. ; 28 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile